

TORRE DE LA MEMORIA

FELIPE JUARISTI

Confiesa el escritor Antonio Pereira que él, de pequeño, quiso ser conductor de autobús. Al también escritor Jorge Aranguren le hubiese gustado ser maquinista de la RENFE. Conozco otros escritores, cuyos nombres me callo, que quisieron ser conductores de almas. No sé qué tiene el oficio de conductor con la literatura. Quizá las palabras sean, para cierta imaginación, como ovejas y sea preciso, por tanto, el conducir las, pastoreándolas. Quizá sólo sea deseo de aventura, de ver nuevas tierras, de llegar a otros lugares. Como la literatura, como la memoria entera.

Creo no equivocarme si digo que no hay escritura sin memoria, como tampoco hay memoria sin cierto nivel de narración. En este libro se recogen treinta y ocho relatos, en los cuales la memoria adquiere una importancia sustancial. El propio autor declaró en una entrevista que los cuentos recopilados en el libro eran «memoriosos». Estratagema que urde el ingenio, trampa de la escritura. Toda narración es memoriosa y toda memoria narrativa, ficción en suma. La apelación a la autobiografía es clara en muchos de los relatos. Pereira escribe sobre encuentros, conversaciones urdidas en lugares públicos y privados, y levanta acta de la existencia de seres transmutados en personajes: Gamoneda, Crémer. Mestre o Prada. No olvidemos que Pereira es del Bierzo, de Villafranca, tierra de poetas.

En el comienzo, en su base, está la anécdota, el suceso. Da lo mismo que sea una invitación a comer, o un viaje a las Islas Canarias. Después de haber pasado por la mente del autor; la anécdota pierde su condición de materia prima o bruta y sin desbastar y se convierte en una pieza acabada de orfebrería. Son el arte y la condición del narrador los elementos que crean atmósferas donde sólo hubo aire, climas donde sólo hubo un poco de calor. Son impagables en ese sentido muchas de las historias del libro, breves y jugosas, amables y contagiadas de esa alegría que ya se estila poco, consecuencia de haber proclamado la paz de uno mismo con la naturaleza. El secreto está en que lo narrado forma parte, de alguna manera, de ese universo impreciso que se conoce como «lo vivido». Se trata, ciertamente, de la vida.